



Psicoanálisis
y medicina

■
ROSARIO HERRERA GUIDO
PÁGINA 2



Poco se sabe de Brasil en
México. *Tropicalia*: revo-
lución en el Arte Brasileño

■
GRACIELA KARTOFEL
PÁGINA 8

Acento

Director General
Miguel Medina Robles

Editora
Sandra Aguilera Anaya

Coeditor literario
Neftalí Coria

Año XII Número 728

Morelia, Michoacán, Miércoles 21 de Febrero de 2007

LA VOZ DE MICHOACÁN

Semanario de la Cultura



Portada



■ **E.L. MANIAQUILLO**
SIN TÍTULO
FOTOGRAFÍA DIGITAL
2006

Psicoanálisis y medicina

(Primera de tres partes)

■ ROSARIO HERRERA GUIDO



Un intento que permite pensar en una tradición histórica del discurso médico, desde Hipócrates hasta nuestros días, que tiene por finalidad inconsciente silenciar el sufrimiento del cuerpo, para poder excluir del saber médico que los hombres y las mujeres son cuerpos sexuados que hablan.

2

Acento

Acento
Semanario de la Cultura

Editado los miércoles por

LA VOZ DE MICHOACÁN

Director General

Miguel Medina Robles

Editora

Sandra Aguilera Anaya

Coeditor literario

Neftalí Coria

Coeditor Gráfico

Ernesto López Ruiz

Acento no se hace responsable de originales y/o materiales gráficos no solicitados. Las opiniones e informaciones contenidas en los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de los editores.

La Voz de Michoacán,

Av. Periodismo José Tocaven Lavín 1270,

Col. Arriaga Rivera, C.P. 58190,

Morelia, Michoacán, México

Tels. (4) 327-37-12 al 25,

Fax (4) 327-37-28

e-mail: acentocultural@voznet.com.mx

Página electrónica: www.voznet.com.mx/acento

■ **ROSARIO HERRERA GUIDO**

PSICOANALISTA Y FILÓSOFA. LICENCIADA EN FILOSOFÍA (UMSNH), MAESTRA EN PSICOLOGÍA (UAQ), DOCTORA EN FILOSOFÍA (UNED DE ESPAÑA), DOCTORA EN PSICOANÁLISIS (CIEP DE MÉXICO), PROFESORA E INVESTIGADORA (UMSNH), AUTORA Y COAUTORA DE VARIOS LIBROS, ASÍ COMO DE MÁS DE CIENTO ENSAYOS DE INVESTIGACIÓN Y DIVULGACIÓN DE TEMAS PSICOANALÍTICOS, FILOSÓFICOS, LITERARIOS Y CULTURALES. CONFERENCISTA MAGISTRAL Y PONENTE EN CONGRESOS INTERNACIONALES Y NACIONALES. EX-DIRECTORA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA DE LA UMSNH (1992-1996). DIRECTORA DE LA REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y FILOSOFÍA DE LA CULTURA DEVENIRES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA DE LA UMSNH Y MIEMBRO DEL SISTEMA NACIONAL DE INVESTIGADORES.

■ **FOTOGRAFÍAS**

DATTACRAFT PÁGS. 2 - 5



Para Lacan, el médico sólo encontrará su lugar si tiene en cuenta una dimensión clínica evidente, la del lenguaje. Debe saber que lo que pide el enfermo no se confunde con lo que desea. Así es como el paciente pone a prueba al médico, a quien dirige su demanda de cura, para que le saque de su condición de enfermo que precisamente puede querer conservar. Esta falla demanda/deseo se ve aumentada por lo que Lacan llama la 'falla epistemosomática': si bien el cogito cartesiano fundó la ciencia, por el hecho de la dicotomía cuerpo y alma nos ha legado un cuerpo reducido a la dimensión de la extensión, dimensión acentuada por la promoción de la mirada médica.

'Anatomizado', este cadáver parece así dotado de vida, hasta tal punto las técnicas exaltan su dimensión imaginaria, puesto que nos lo hacen ver bajo todas las formas. Pero precisamente, las posibilidades casi ilimitadas de estas investigaciones son las que paradójicamente han permitido valorar un resto imposible de cuadrar, lo que Lacan denomina 'el cuerpo verdadero en su naturaleza', el cuerpo hecho para gozar.

Alain Merlet, *Lacan médico*.

1. EL ORDEN MÉDICO

En este ensayo pretendo interpretar, a partir de un análisis crítico, el paso de la episteme de la mirada médica a la episteme de la escucha del psicoanálisis. Es una lectura apoyada en el pensamiento de Michel Foucault, Raymond de Saussure, Jean Clavreul, Sigmund Freud, Jacques Lacan y Hans-Georg Gadamer, entre otros. Un intento que permite pensar en una tradición histórica del discurso médico, desde Hipócrates hasta nuestros días, que tiene por finalidad inconsciente silenciar el sufrimiento del cuerpo, para poder excluir del saber médico que los hombres y las mujeres son cuerpos sexuales que hablan.

En un primer momento, inspirada en el Discurso del amo del psicoanalista y pensador francés Jacques Lacan, voy a retornar al magnetismo animal, una cura que introduce el médico austriaco Franz Anton Mesmer en el siglo XVIII. Por este camino pretendo emprender una crítica de la razón médica a través de una lectura retrospectiva a la episteme médica (reducida a la mirada), que al expulsar al sujeto del lenguaje y su verdad del campo de la ciencia, lo reduce, desde Hipócrates a nuestros días, no a un cuerpo que habla sino a carne, cerebro, tendones, huesos y vísceras. El retorno al mesmerismo permite pensar en una tradición histórica del discurso médico (más tarde discurso universitario, magistral, pero heredero del discurso del amo), discurso del poder que somete al sujeto al silencio. En un segundo momento, emprenderé una exposición y reflexión sobre el paso de la mirada

a la escucha, es decir, el tránsito de la psiquiatría al psicoanálisis.

Antes que nada es preciso aclarar que la expulsión del discurso —en particular de los significantes de la ley, la muerte y la diferencia de los sexos (Verwerfung)— es el mecanismo de la psicosis, tanto para Freud como para Lacan. Asimismo, que no opto por el sujeto filosófico moderno, que se reduce a la sensación conciente de agencia, producto de una ilusión imaginaria del yo, constituido por una serie de identificaciones alienantes, sino por el sujeto del inconsciente, cuyos matices filosóficos le permitieron a Lacan señalar que es el sujeto que no se puede ni se debe objetivar, reducir a cosa, pues el sujeto es lo que en el desarrollo de la objetivación está fuera del objeto. Por último, que tomo de Lacan el término discurso para destacar la naturaleza transindividual del lenguaje, pues la palabra siempre implica a otro sujeto, a un interlocutor, y a un tercero: el orden simbólico; lo cual permite comprender la fórmula de Lacan el inconsciente es el discurso del otro, que más tarde enuncia como el inconsciente es el discurso del Otro (orden simbólico), al designar el inconsciente como el efecto sobre el sujeto de la palabra que le es dirigida desde otra parte, por otro sujeto que ha sido olvidado (la madre, la lengua materna, la otra escena freudiana), dando lugar a la experiencia de ser hablado por el lenguaje. El discurso es un lazo social basado en el lenguaje.¹ Lacan propone cuatro posibles tipos de lazo social que regulan las relaciones intersubjetivas: el discurso del amo, el discurso universitario,

el discurso de la histeria y el discurso del analista. El discurso del amo se dirige al dominio; el universitario a la acumulación y el control del saber; el discurso de la histeria atenta contra todo poder; y el discurso del analista se ofrece a la producción del saber y el acceso a cierta verdad del deseo del sujeto, a partir de poner en acto la palabra y la escucha al pie de la letra del discurso del analizante. Debido a la brevedad de este texto sólo me detendré en el discurso del amo y su heredero el discurso universitario, y en el paso del discurso médico-psiquiátrico al discurso psicoanalítico. El discurso del amo oculta la división del sujeto del inconsciente, la verdad de su falta de saber; también ilustra la dialéctica del amo y el esclavo; el amo es el que pone a trabajar al esclavo, dando como resultado una plusvalía, un plus de goce, del que el amo trata de apropiarse.²

Desde la posición de amo, a Mesmer sólo le interesa el estado mórbido de sus pacientes e instrumentar los medios para curarlo. El deseo del amo, enseña Lacan, es el bienestar del esclavo. Un bienestar que, por supuesto, desatiende el deseo del sujeto. Lo que le importa a Mesmer es la carne, donde cree que crece y se alimenta el mal. En ella se desordena un fluido magnético universal, que se palpa a través de masajes, para reordenar así la energía mórbida y devolver la salud al enfermo. Mesmer desconoce que estimula un goce no apalabrado, que hormiguea hasta su estallido final en el orgasmo, a la vez que se acalla la articulación de la verdad del

deseo del paciente. El lugar hacia el que se dirige Mesmer con la mirada y el tacto evoca el lugar sobre el que se organiza el discurso dominante del saber médico, en el que se encuentra expulsado el sujeto del lenguaje, el deseo como querer saber del sufrimiento (lo que dice no saber), y no querer saber nada de cómo goza (lo que sí sabe).

Existe una diferencia y oposición entre goce (genuss) y placer (lust) que Lacan toma de Hegel a través de Alexandre Kojève. El principio del placer pone límite al goce (exceso de placer insoportable). El goce es el placer doloroso. El goce expresa la satisfacción paradójica que el sujeto consigue a través de sus síntomas, el sufrimiento que deriva de su exceso de satisfacción (la ganancia de la enfermedad, como decía Freud). La prohibición del goce (el principio del placer) es inherente a la estructura simbólica del lenguaje, gracias a la cual el goce está prohibido al que habla.

El discurso del amo que practica Mesmer exige el silencio del paciente. Una práctica que condena al goce. Las consecuencias de la expulsión del sujeto del discurso en el magnetismo no se hace esperar. El verdadero obstáculo es la ausencia de articulación del deseo de los pacientes, es decir, lo que constituye su singularidad. La estrategia de Mesmer, paradójicamente, es para evitar la transferencia en términos imaginarios, afectivos y pasionales. Claro que no se le puede pedir a Mesmer una reflexión sobre su técnica, pues su interés es pragmático: instrumentar una técnica de dominio de la perturbación, lo que significa someter el estado mórbido a través de su manipulación y modificar la perturbación con su poder. El problema tanto en el mesmerismo como en la medicina es más complejo desde el punto de vista epistemológico: no se puede tener el objeto enfermedad en la carne, puesto que la perturbación, el síntoma, es sujeto y objeto a la vez. En el decir de Lacan: el hombre es cuerpo sexuado que habla. Y es que el sujeto es sede del malestar, no sólo como extensión, sino como sujeto del lenguaje.

Uno de los grandes descubrimientos del psicoanálisis es que entre la res extensa y la res cogitans existe una sustancia gozante: la pulsión (Trieb). Pulsión que Freud define como: 1) lo que se encuentra entre lo psíquico y lo somático, 2) el empuje (Dräng) tendiente a la satisfacción y 3) el ser mítico en su indeterminación. Un concepto que introduce una diferencia primordial: mientras el instinto designa una necesidad pre-lingüística, la pulsión está sustraída al reino de la biología. Las pulsiones difieren de los instintos en que nunca pueden ser satisfechas, y no tienen un objeto sino que giran en torno a él, ya que su objeto es variable, lábil. Lacan dice que la pulsión no es meta (Triebziel), sino aim (el camino mismo), que gira en torno al objeto que nunca alcanza en defi-

nitiva. La pulsión es un constructo cultural y simbólico, que nada tiene que ver con una energética y una hidráulica (como inicialmente pensó Freud). Las pulsiones de vida y de muerte están relacionadas con el deseo, dado que ambas se originan en el campo del sujeto, expulsado del mesmerismo y de la medicina. La pulsión no es otro nombre del deseo; a través de las pulsiones se realiza el deseo. El deseo es uno e indiviso; las pulsiones son manifestaciones parciales del deseo.

El magnetismo fue una práctica asociada a la histeria, heredada a los hipnotizadores y más tarde al nacimiento del psicoanálisis. El magnetismo le hacía objetivar al enfermo como otro lo propio, presentificándole el desorden de su cuerpo como algo ajeno. Una vez localizada la perturbación de la energía magnética, los trastornos del sujeto se transformaban en entidades anónimas y ajenas; el fluido se desordenaba sin saber cómo y se reordenaba gracias al poder manipulador del magnetizador, que suponía tener bajo control los engañosos signos de la enfermedad. Esta práctica era dirigida sólo a la carne gozosa, pues las palabras eran ahogadas. No hay otro goce que el del cuerpo —enseña Lacan. El mesmerismo pronto se convirtió en una práctica “terapéutica” de puro goce. Lacan, en su seminario *L'envers de la psychanalyse*, lo definía con estas palabras: el goce comienza con el hormigueo y termina con la llamada de fuego. El magnetismo

evoca la vieja moral médica (aún vigente) que concibe el desorden (la enfermedad) como el mal, al que hay que ordenar (curar) para que el enfermo acceda a su bien: la salud. El mismo término de la cura evoca al cura, el médico de las almas, el sacerdote que expulsa los demonios de la carne, que lava el pecado e impone una penitencia, a fin de devolverles la salud a los espíritus y, en consecuencia, a los cuerpos. Se trata de lo que Canguilhem en *Lo normal y lo patológico* llama “el maniqueísmo médico”, en el que la salud y la enfermedad se disputan al hombre, como Dios y el diablo al mundo.

El magnetismo comparte los ideales políticos del discurso del amo. El único que domina la situación es el magnetizador. Mesmer, instalado en cierto orden médico, imparte justicia a la naturaleza y decreta sobre el sufrimiento del cuerpo despojado de la subjetividad, al silenciarlo. Dicen León Chertok y Raymond de Saussure que Mesmer: Con la prohibición del diálogo verbal compelia al enfermo a una profunda regresión, en la que sólo estaba autorizado el diálogo somático.³ El mesmerismo expulsa al sujeto del lenguaje y el deseo de la relación magnética, pero no evita que se cuele otros deseos, causantes más tarde de un gran escándalo. Como el magnetismo proscribía la palabra, lo que queda es el goce puro, como lugar de lo no-representable, donde el sujeto queda sometido a los influjos de la sugestión y la alienación en el amo.

Hoffmann escribió un cuento sobre el tema: *El Magnetizador*. Alban se convierte en el amo de la apasionada María. Ésta le escribe a su amiga Adelgunda para destacar el don maravilloso de que ha sido objeto al encontrarse con Alban: “Desde el momento en que fijó su mirada seria y penetrante, me pareció que debía someterme sin contradicción a todo lo que me ordenase, como si le bastase querer mi curación para obtenerla”. Y se pregunta María: “¿Cómo aventurarse sin su maestro a las tempestades del mundo?” Alban es el Sujeto del Saber Absoluto, que incluso llega a las formas más siniestras de la vivencia psicótica, como quien conoce sus pensamientos y los fomenta en su cabeza. La transferencia en el magnetismo aparece bajo un aspecto real, aterrador y persecutorio. Se trata de la experiencia en lo real de lo que enuncia Lacan en la fórmula el inconsciente es el discurso del Otro; experiencia en la que el sujeto es hablado desde el momento en que habita el lenguaje, y que en la neurosis pasa por el registro del inconsciente, que se expresa como lo no sabido.

No olviden que desde Hipócrates el médico debe tener muy buen aspecto, encarnar los prestigios de su poder, a través de su actitud firme, segura y autoritaria, manifiesta en la sabiduría de sus preceptos y recomendaciones. Es Molière, en *El enfermo imaginario*, quien advierte que la barba hace más de la mitad de un médico. Por su semblante y su actitud im-





perativa, el médico se convierte en objeto del deseo del enfermo, al punto de querer apropiarse de su saber, de su goce (porque el amo goza o se supone que goza), de sus poderes, hasta la identificación alienante. El mismo Molière representó la identificación por introyección en aquel personaje Cleantes, quien sólo logra curarse hasta que él mismo se convierte en médico. Asimismo, en la cura magnética la meta es llegar a ser el amado, es decir el amo.

Cuando Michel Foucault, en su *Historia de la Locura en la Época Clásica*, descubre al loco como testigo mudo en torno al cual se instrumentan diversas prácticas, denuncia no sólo la exclusión de la racionalidad social y política, sino también del sujeto del lenguaje. Ahí se puede leer la crítica de la condena a lo intraducible, a lo incomprensible, en bien de la cohesión social y la razón pública. Así, en la época clásica, cuando no hay una actitud fóbica hacia el “loco”, se le identifica con lo demoníaco, desde los discursos del sacerdote, el educador y el verdugo. Y bajo los nuevos signos de la ciencia moderna cartesiana, con el sueño y la locura. Razón/locura es la dicotomía sobre la que se funda la exclusión de la sinrazón. Este es el discurso médico, moral, religioso y político: discurso del amo y su heredero, el discurso universitario. Más allá de la etiqueta impuesta al loco, no hay ningún intento de escuchar el discurso de la locura. Por el camino de la duda y

la certeza, Descartes coloca al disparate del lado de la sinrazón y el error. Del cogito cartesiano —sigo a Foucault— se colige que el que no piensa, no existe. La locura queda excluida del campo de la razón por el sujeto que duda. Los locos, relegados al campo del sinsentido y el error, una vez objetivados, se convierten en presa fácil para los amos del saber y el poder. Es hasta Freud que la “locura” —señala Foucault— es tomada al nivel de su lenguaje, para ser reconstruida desde una experiencia subjetiva acallada a lo largo de los siglos, para sostener un diálogo con la sinrazón.⁴ Habría tal vez que corregir a Foucault, afirmando que Freud no dialoga con la locura sino que le pregunta socráticamente para escuchar algo de su verdad en el discurso mismo.

De la transferencia en la medicina hay un relato ilustrativo. Dice una leyenda griega que Avlavia había consultado a muchos médicos, incluyendo a su propio padre, sin obtener resultado, hasta que llega a manos de Hipócrates quien, dada la complejidad del caso, la deriva al Oráculo de Delfos, que le dice que sanará y se casará con el médico que la ha enviado. Esta leyenda introduce una cierta dimensión de la verdad que exige afinar el oído. Estos asuntos de la transferencia imaginaria previenen de los peligros a los que se puede estar expuesto cuando se está a merced del discurso del amo. La leyenda de Avlavia advierte a los médicos sobre los avatares de la transferencia y,

al mismo tiempo, marca la distancia, el desconocimiento, el rechazo y la atracción por parte de los médicos a tratar con los asuntos del amor. Lo que es una leyenda de los comienzos de la medicina, sostiene Jean Clavreul en *El orden médico*, nos recuerda el origen del psicoanálisis. Pero a diferencia de la medicina, que trabaja bajo el supuesto de desembarazarse de los peligrosos asuntos del deseo, el psicoanálisis le hace frente con una actitud insólita en la historia. La enseñanza que se puede sacar de la leyenda de Avlavia es que se trata de una advertencia que funda el rechazo del deseo en la medicina y, por ende, la exclusión del sujeto, obstáculo para la “ciencia”, estorbo y distracción que impide avanzar en el proceso de la cura, entendida como dominio de la enfermedad. Es esta interferencia de la vida amorosa con la vida profesional la que enseña el amor entre Hipócrates y Avlavia; interferencia de la que la medicina ha pretendido, durante su ajeña vida, purificarse.

La moral médica, que siempre se ha presentado tras una máscara humanitaria, nunca ha querido saber nada del sujeto del lenguaje: los hombres y las mujeres del orden médico están hechos sólo de carne y hueso. Es muy común que el médico se identifique con el lugar del amo o el maestro, que como no tolera escuchar, taponar al sujeto del lenguaje de múltiples maneras: le prohíbe las palabras (como Mesmer), lo apabulla con un discurso especializado que ahonda más

el abismo entre médico y paciente, desconfía de todo lo que el enfermo pueda decir sobre su propio sufrimiento, justo por su sospechosa condición de enfermo, como recomienda Hipócrates. El amo o el maestro, en tanto se cree dueño de su decir, no espera a que algo de la verdad del trastorno se exprese en el decir mismo del quejoso. Además, escuchar al enfermo pone en peligro el discurso médico, su poder auto-afirmativo, al que supone sustentado en un saber que está por sobre el saber del enfermo.

El orden médico, identificado con el discurso del amo y de la universidad, a fin de desembarazarse del sujeto, expulsa también el pathos, las pasiones, para lograr la objetividad científica. Debe practicar el dominio sobre sí que recomienda Bacon: los ojos no deben jamás empañarse de lágrimas. Y Descartes aconseja apaciguar las pasiones del alma para poder acceder a las ideas claras y distintas. Por ello, el orden médico se distancia de los enfermos, al privilegiar la vista y anular el oído. Lo único que hay que escuchar es el resumen del síntoma, en el mejor de los casos la historia clínica, el diagnóstico y el tratamiento vendrán por añadidura. Dice Jean Clavreul que cuando Josef Breuer toma el bastón y el sombrero y sale huyendo, al enterarse de que Anna O. sufre un embarazo histérico, renuncia para siempre a convertirse en psicoanalista. Que el médico está implicado en el proceso del tratamiento es algo que le tocó a Freud descubrir (a propósito de la transferencia), no sin tener que toparse con los obstáculos epistemológicos impuestos por su propio inconsciente. Sócrates, que podía recomendar hierbas y hasta hechizos, reconocía que no se podía tomar una parte del cuerpo sin atenderlo en su totalidad, que no se debía cuidar el cuerpo descuidando el alma, pues de lo contrario el remedio o el hechizo no surtirían efecto. Es Lacan, cuando es invitado por médicos a dar una conferencia sobre las relaciones entre el psicoanálisis y la medicina, quien habla de la imperiosa necesidad de que los profesionales de discursos diversos se pongan de acuerdo en construir una “epistemosomática”.⁵ En contra de esta apertura, tanto la medicina como la psiquiatría, así como las psicoterapias, se han dirigido hacia el síntoma, expulsando al sujeto que lo padece y sostiene. Aislar elementos perturbadores ha sido el ideal médico, discurso del amo y universitario que supone el dominio de sí y de la enfermedad. Por su parte, el método analítico de la ciencia, que trabaja también sobre la objetivación del sujeto, divide al hombre, no sólo aislando el corazón del resto del cuerpo, sino expulsando al sujeto de la forma en que por el lenguaje se constituye e historiza, dejando el discurso del sujeto sufriendo a confesores, cingaras, amigos, vecinos y, como último recurso, a psicoanalistas.■

(Continuará)...

Canción de Cuna

Del mirador
del mundo

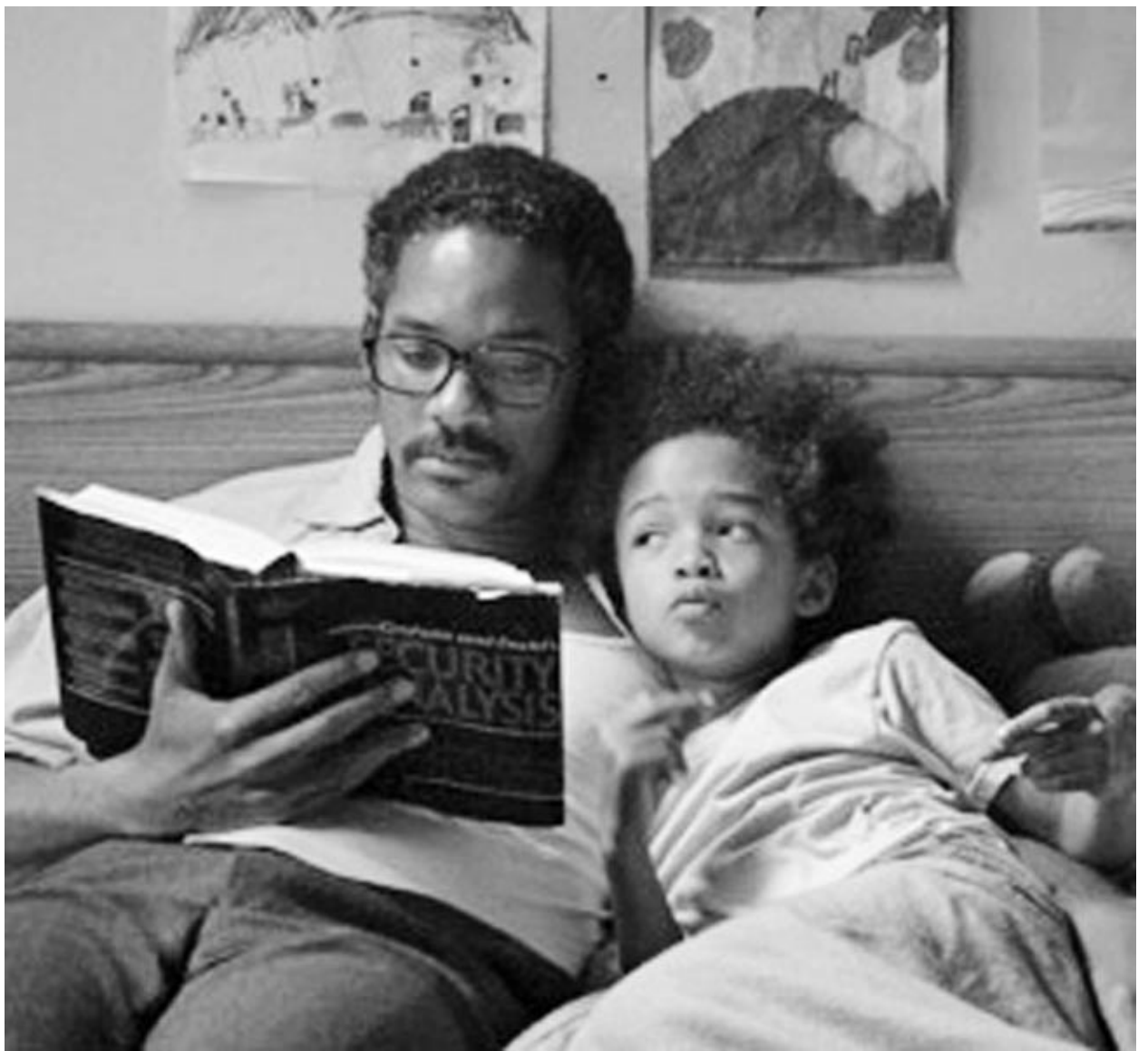
■ JORGE ALANIA VERA

Desde el mirador del edificio más alto del mundo, la torre 101, en Taipei puedo decir con Borges: Y la ciudad ahora es como un plano/ de mis humillaciones y fracasos/ desde esa puerta he visto los ocasos/ y ante esa puerta yo he esperado en vano.

El mundo (no la ciudad) es efectivamente un plano de luces y de sombras desde esta alada torre. En la noche de la República de China me he asomado a un umbral. ¿Qué habrá tras esa puerta que en lo infinitamente lejos se abre/ se cierra/ se abre...? ¿Qué o quiénes habrán llegado o salido hacia el ocaso? ¿Quién aparecerá de pronto señalándome, buscándome, encontrándome? No puede haber humillaciones desde este vértigo pero las hay. Los fracasos tienen la vastedad del paisaje y la brillantez de las luces. En el inmenso ventanal se agolpan los años. Mis ojos pueden alcanzar la noche como nunca antes lo hicieron. No se qué decir ante este insondable abismo. Allí esta la luna y allá mi país. Jamás los he visto como hoy, imperceptibles. Jamás los tuve ante mí como los tengo ahora. He esperado este momento toda la vida. La memoria empaña por instantes el reluciente vidrio pero ya me he acostumbrado a estos reflejos que no son de la historia sino de la vida. No importa, ya estoy acá y no quisiera descender de esta nube de piedra y de cenizas. Se que las luces son finalmente polvo y las sombras finalmente vacío. Tal vez por ello quiero seguir aquí viendo caer la noche. Tal vez lo que me llama desde el río inasible que intuyo desde acá no es el rumor de sus aguas sino el silencio de sus seculares piedras, tal vez. Los colores de Taipei son el azul y el verde pero mi corazón añora el rojo del amor que se filtra por las rendijas de este y de todos los mundos que se pueden mirar desde arriba. Los números de la buena suerte están grabados en el cielo. El año del jabalí ya está por llegar y yo sin conocer venado ni torcaza. Gente de todos los lados se saluda y se quiere bajo los templos del Tao y de Confucio. El dragón duerme su letargo de siglos y el tigre asoma. Alguien lleva seguramente un paraguas; no es raro en un valle de luces y de lágrimas. Tsian Fu estará tocando su violín y Tina ya estará lista para las sonrisas del hotel: rostros que son de China pero también del mundo que miro desde aquí y que no olvidaré porque me han recordado que es ubicada la belleza y pertinaz la esperanza. Estoy en uno de los techos del universo pero se que aún más alto está el itinerario de tu vuelo, María Luisa, el de tu peregrinaje, Jorge mío. Esa línea que describe el ave que no quisiera ver es la de ustedes. Allá va, allá, que Dios la cuide. ■

En busca de la felicidad
de Gabriele Muccino

■ ARTURO ARREDONDO



Una historia muy sólida el cineasta jamás cae en el melodrama, ni en lo cursi, está aquí un padre y su hijo que tratan de sobrevivir en una gran urbe con lo que tienen a mano.

■ ARTURO ARREDONDO

ESCRITOR, PERIODISTA, CRÍTICO Y ANALISTA DE CINE. ES LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN Y CIENCIAS POLÍTICAS POR LA UNAM.

■ FOTOGRAFÍAS

TOMADAS DE INTERNET PÁGS. 6 Y 7

El cineasta Gabriele Muccino, nació en Roma, Italia en 1967. Se inició realizando algunos cortometrajes y luego pasó al cine con excelentes resultados. Buscando un mejor acomodo para su carrera se trasladó a Hollywood. Su ascenso ha sido meteórico. En 2002 obtuvo en el Festival de Sundance, el premio del público por su filme El último beso. Esta de En busca de la felicidad, viene a ser su primer filme hablado en inglés y está basado en una historia real sobre un guión de Steve Conrad.

La trama está situada en 1981 en la Ciudad de San Francisco, enfrentamos las desventuras de Christopher P. Gardner (Will Smith), Su vida es un rosario de tristezas, es vendedor de puerta en puerta, pero el artículo que vende es un scanner para verificar la densidad de

calcio en los huesos y se comprenderá que no abundan los compradores para este tipo de aparatos.

Su esposa Linda (Thandy Newton), está harta de la miseria en que viven, deben los impuestos, tienen atrasada la renta y los dos están muy angustiados por la situación tan difícil que atraviesan. Para colmo tienen un hijo, Christopher, niño de escasos cinco años, al que dejan en una guardería (que también deben), pues los dos trabajan. Linda trabaja en una lavandería y desde el inicio del filme se nota el desgano que ya tiene de esa relación, está harta de tanto sufrimiento y tantas deudas.

Decidida Linda a dejar de sufrir, hace sus maletas y se larga, dejándole a Chris Gardner un pequeño recado, también se lleva al niño.



Chris en tanto, entendiendo que vendiendo scanner no va a ir muy lejos le pregunta a un exitoso hombre de negocios que ve descender de un lujoso carro a qué se dedica, éste le explica que trabaja en la Bolsa de Valores. El diálogo es corto pero muy sustancioso para Chris, pues incluso le pregunta si es necesario tener estudios universitarios y el corredor de Bolsa le dice que no, con sólo que maneje muy bien las matemáticas y que pueda comunicarse bien con la gente.

Desde ese momento Chris entiende que su mayor ambición en este mundo es trabajar como corredor de Bolsa y hace todo lo posible para tener una entrevista con la Correduría a donde entró aquel hombre. Lo aceptan de entrada, le piden sus datos y le informan que prepararán a 60 personas a las que les darán un curso de seis meses pero que este curso es sin goce de sueldo y que de los 60 que lo tomarán, sólo aceptarán a uno; que esas son las reglas que si lo acepta o no, es su decisión. Angustiado como está el pobre Chris sería capaz de colgarse de un clavo ardiendo y acepta.

En tanto después de un largo jala y estira consigue que la mujer le deje al hijo y que se vaya sola. Pero siempre que se le atora el carro Chris le pide que vaya a recoger al niño y que se encargue de llevarlo a la casa. Por el momento el hombre está todavía en su departamento a donde puede encargarse del hijo sin mucho problema.

Para completar las desgracias de Will, sucede que el casero le pide el departamento por falta de pago (ya debe tres meses de renta) y como no tiene para pagar no le queda más remedio que desocuparlo, consiguiendo del dueño que lo deje estar una semana más a cambio de pintar las paredes.

Un domingo que está pintando las paredes llegan dos policías por él, tienen una orden de aprehensión ya que debe muchas multas por estacionarse mal, multas que nunca pagó. Lo llevan a prisión y tiene que pasar un día encarcelado.

Desde el reclusorio le pide a su esposa por teléfono que se encargue del niño, en tanto él está preso. Lo sueltan finalmente el lunes y ese día tiene la cita para que lo acepten para el curso en la Correduría de Bolsa, así que sin fijarse en como va vestido y que incluso está lleno de pintura, se presenta a la entrevista y es tan convincente que lo contratan para tomar el curso, pese a que no va muy presentable que digamos..

En sus tiempos libres del sábado y domingo, poco a poco va vendiendo los scanner a consultorios médicos y hospitales, y puede sobrevivir cinco meses sin mayor problema; pero el último mes, cuando ya sus esperanzas están en que le puedan dar trabajo en la Correduría, sucede que pierde un último scanner que le queda y entonces solo confía en Dios y en sus magros ahorros que tiene en el banco.

Para su desgracia, ya que no le han faltado males, sucede que el gobierno le cobra los impuestos atrasados que no ha pagado y no espera que él los lleve a pagar, como se dice vulgarmente se "cobran a lo chino", entran a su cuenta de ahorros y se llevan los seiscientos dólares que debe. Ahora sí, al pobre de Chris no le queda más remedio que conocer la vida de los desposeídos.

Una noche la pasa en un baño en el Metro, otra noche la pasa en un albergue, el problema es que el albergue es pequeño y se llena muy pronto y si no se tiene suerte no queda más remedio que dormir en la calle.

Para su fortuna recupera el scanner perdido y puede venderlo y eso le permite un respiro momentáneo, mientras espera que lo contraten en la Correduría a donde se porta de manera impecable, trabajando desde que llega hasta que se va.

Una historia muy sólida el cineasta jamás cae en el melodrama, ni en lo cursi, está aquí un padre y su hijo que tratan de sobrevivir en una gran urbe con lo que tienen a mano. Sabemos que al final es posible que Chris triunfe, pero no es seguro.

Las actuaciones están excelentes Will Smith está inmejorable y el pequeño Jaden Christopher Syre Smith (que en realidad es su hijo), está muy bien en su papel. Una cinta muy disfrutable. ■

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

(THE PURSUIT OF HAPPYNESS). PELÍCULA ESTADOUNIDENSE DE GABRIELA MUCCINO, REALIZADA EN 2006, SOBRE UN GUION DE STEVEN CONRAD. F EN C: PHEDON PAPAMICHAEL. EDICIÓN: HUGHES WIMBORNE. M: ANDREA GUERRA. VESTUARIO: SHAREN DAVIS. PRODUCTOR ASOCIADO: CHRISTOPHER P. GARDNER. CON: CON WILL SMITH, THANDIE NEWTON, BRIAN HOWE, JAMES KAREN, DAN CASTELLANETA, KART FULLER Y EL DEBUT DE JADEN CHRISTOPHER SYRE SMITH, ENTRE OTROS.

Poco se sabe de Brasil en México

Tropicalia: revolución en el Arte Brasileño

■ GRACIELA KARTOFEL

8
Acento



Para compartir las experiencias con los lectores, para hablar del multiculturalismo y conocer a hermanos que tienen raíces compartidas y otras diferentes, hoy enfocamos una exposición titulada *Tropicalia: Una Revolución en la Cultura Brasileña*, misma que se presentó en el ampliado Museo del Bronx, en Nueva York.

Ya se habla del Carnaval, el de Río, el de Veracruz, hasta del de Alemania. Ni la música brasileña que es un suceso en casi todo el mundo, lo es en México. En círculos infinitamente pequeños se habla de su poesía y de su literatura. Poco más se menciona a Brasil en México. Un país de grandes dimensiones con una geografía variada y poderosa y una cultura que merece los mismos adjetivos, es una de las naciones que tiene muy poca presencia en México. Las exhibiciones de arte Brasileño fueron ocasionales. Tal vez la mayoría de ellas se realizaron durante el período del Embajador Geraldo H. Cavalcanti, profundo impulsor de la cultura de su país, un hombre de letras él mismo. Las características histórico-culturales de México y Brasil son diferentes. Las coincidencias, las pauta el pertenecer al mismo continente y la presencia Francesa en las etapas de dominación de ambos países, la gran extensión territorial, el estar muy poblados y tener una inmensa cantidad de seres humanos en condiciones paupérrimas.

Para compartir las experiencias con los lectores, para hablar del multiculturalismo

y conocer a hermanos que tienen raíces compartidas y otras diferentes, hoy enfocamos una exposición titulada *Tropicalia: Una Revolución en la Cultura Brasileña*, misma que se presentó en el ampliado Museo del Bronx, en Nueva York. El título menciona una revolución en la cultura que incluye las áreas de música, artes visuales, cine, arquitectura y teatro con la ingerencia de algunos creadores de las letras. Esto nos ubica al final de los años 60, bajo un gobierno militar cuya opresión motivara el surgimiento de la contracultura que aquí mencionamos, misma que creó los antecedentes para varios de los autores actuales. Quien esto escribe, vivió en Brasil bajo esas condiciones a partir de 1970, ya habiendo vivido la aún más terrible represión militar en Argentina con trágica pero diferente experiencia entre ambos países. Entonces, entrevistada en un programa de TV brasileña, en Canal 22, el canal cultural –aún durante la dictadura–, me preguntaban cómo los artistas argentinos continuaban creando ante esas fatales condiciones? Esto demuestra a las claras que el movimiento cultural estaba aislado, los notables desarrollos se ignoraban salvo

■ GRACIELA KARTOFEL (Argentina)

HISTORIADORA DEL ARTE, CRÍTICA Y CURADORA DE RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL. CATEDRÁTICA DE LA UNAM DURANTE 18 AÑOS. PROFESORA INVITADA EN UNIVERSIDADES DE ALEMANIA, AUSTRIA, FRANCIA, BÉLGICA, USA, ARGENTINA, BRASIL, URUGUAY, CHILE, COLOMBIA Y VENEZUELA. CREÓ EL PROGRAMA DE CRÍTICA DE ARTE PARA MICHOACÁN. TIENE 8 PUBLICACIONES EN DIVERSAS EDITORIALES Y 3 EN PRENSA, ASÍ COMO PRÓLOGOS PARA CATÁLOGOS Y DISEÑOS DE MUCHOS DE ELLOS. ASESORA DE EDITORIALES COMERCIALES Y ALTERNATIVAS. HA CURADO EXPOSICIONES Y PARTICIPACIONES EN FERIAS DE DISEÑO, ESCULTURA, PINTURA Y ARTE APLICADO. ACTUALMENTE RESIDE EN NUEVA YORK Y EN MÉXICO, D.F.

■ FOTOGRAFÍAS

PROPORCIONADAS POR LA AUTORA PÁGS. 8 - 10



por un pequeño grupo de allegados.

Equivalente a la revolución cultural brasileña de la primera mitad del siglo -la "Semana de Arte Moderna del '22"-, poco menos de medio siglo después va surgiendo a finales de los 60 este otro capítulo con los grandes aportes de Brasil a las artes en el mundo.

(Recordemos que en 1955 se inició la construcción de Brasilia, la que se inauguró cinco años después como sede del gobierno nacional. Sin entrar en detalles, sólo se acerca al lector elementos acontecidos y que hay que comparar con los mundiales.) La exposición en el Bronx Museum ubica obras de diversos movimientos acontecidos en el burbujear del Brasil de ese momento. La llamada generación moderna tiene lazos con quienes libraron las primeras batallas contra academicismos y convencionalismos importados, luego de la primera Guerra Mundial. Ya entonces, Oswald de Andrade (1890-1954) planteó el "canibalismo cultural" en pos de la búsqueda de las identidades propias. El escritor integra un grupo con Mário de Andrade, Anita Malfatti, Tarsila do Amaral y Menotti del

Picchia, los personajes claves del '22.

En una traducción libre, se presenta un texto poético muy temprano de Oswald de Andrade que manifiesta las inquietudes juveniles en comprender la importancia de vivir la época activamente.

Señor
Que yo no me convierta nunca
Como ese Viejo inglés
De ahí al lado
Que duerme en una silla
A la espera de visitas que no vienen

Caractericemos algunos aspectos de cambios en la vida y en la expresión cultural de esa época posmoderna. La sociedad de consumo se estabiliza, a ella se orilla la aparición de una cultura urbana (que errónea y comúnmente se llama "hippie" o "hippy" -sería muy extenso aclarar aquí esta confusión de conceptos-), las manifestaciones del kitsch, se enlazan con el amplio impulso que empieza a tener la imagen en su uso/destino de comunicación de masas, con el desarrollo de la tecnología a nivel industrial y con ciertas preocupaciones por

la naturaleza -no bien manejadas-, y un destino general de revisión de las culturas que comenzó a surgir en ciertos habitantes creando un movimiento de contra-cultura. A éste acontecer en diversas disciplinas, hay quienes sólo caracterizan como pop pero es una simbiosis mucho más compleja, algunos de cuyos componentes se desglosan a continuación. En estos aspectos se encuadra esta Revolución en la Cultura Brasileña, que habita y se manifiesta en el cuerpo, en el concepto, en el objeto, tanto en la música como en la literatura, en las artes visuales y asoma en otras manifestaciones. Carlos Basualdo hizo la curaduría, con Lydia Yee y Erin Salazar como curadoras asistentes. Holly Block, la directora ejecutiva del Bronx Museum de las Artes dice que "están orgullosos de contribuir a un esfuerzo internacional para documentar y rendir homenaje a un admirable capítulo de la historia cultural que de otra manera podría haber quedado poco accesible al público que asiste a los museos. Creemos que una nueva generación que accede a estos trabajos por primera vez, encontrará los objetos presentados -en particular las

obras participatorias y las instalaciones-, como todavía sorprendentemente originales e inspiradoras".

El título de la exposición fue tomado de una instalación que realizó Hélio Oiticica en 1967 y del título de un exitosísimo álbum musical de un año después, con Gilberto Gil, Os Mutantes y Caetano Veloso. Este paralelo entre las artes visuales y la música que sacudía internamente a Brasil comenzó a expandirse en cuanto a lo sonoro pero no en la literatura ni lo visual. "Tropicalia", aconteció y acontece. Algunos de los autores de entonces siguen siendo artistas clave con propuestas/respuestas a la sociedad actual. Otros han fallecido pero su obra mantiene aspectos de la liturgia de ruptura que trazaron y por la que transitaban. La vigencia de algunos de esos caminos no puede negarse, sobre todo para quienes no los conocían.

La museografía quiso traer las obras a un presente 'muy actual' -instalando las obras, vitrinas y componentes sobre andamios, los que si bien habla de la inestabilidad actual - mucho mayor que la de los '70s-, dichos andamios son

■ 10

Recuerditos: Godard, Hitchcock

■ ADRIÁN GONZÁLEZ CAMARGO

Al ya sobrar en este espacio las recomendaciones de la gira Ambulante, de la Muestra Internacional y uno que otro estreno, de acuerdo a lo prometido por su humilde servidor en una entrega pasada, y apelando a la memoria cinefílica de vuestra merced, teniendo en consideración que la historia sirve como una ventana a una larga tradición que se ha venido construyendo desde hace un poco más de cien años, considerando que la sobre oferta en el cine provoca disminución en la demanda (casi siempre), y que aún se espera una mayor entrada a un cine que no sea el francés, vuestro humilde servidor, observador y comentarista, ha decidido merodear entre los anales para traer a la memoria una vieja película que ha sido hito en la historia del cine, cuya presencia significó un rompimiento en la diégesis, en el découpage, en la relación sujeto-cámara (por no decir espectador-actor o espectador-cuadro) y en el montaje cinematográfico, cual se conocía. Nunca he creído, mucho menos en un modernismo a ultranza como en el que en ocasiones nos gusta tanto vivir, que exista un paradigma puro (y duro) que haya nacido de una especie de espontaneidad mágica, como algunos suelen creer. Hans Lucas le debió a muchas y muchos el empezar a hacer cine, de la mano de Truffaut, Rivette, Rohmer y su primera película, Sin Aliento, fue considerada al principio como una aventura romántica de personajes transgresores, rebeldes, jóvenes como lo eran Belmondo y Godard en ese entonces, que también era (el último) un joven crítico de los Cuadernos de cine, que había robado para comer y que había viajado a sudamérica a intentar filmar algo y de lo cuál sólo obtuvo una sola toma. Iniciaba una de las décadas más importantes, si no es que la más, del siglo XX, la revolución en casi todos los sentidos, ese joven filamor de apenas treinta años y su Sin Aliento, en rebeldía con otros, inauguraba la nueva ola francesa. Cortes rápidos, como pensados sin

■ 11



elementos demasiados visibles para ciertas sutilezas de la exposición. Podríamos establecer varias lecturas de conexión como que el Museo acaba de inaugurar una ampliación y remodelación de 19 millones de dólares, que así se crean desniveles y el público tiene que subir a las tarimas sostenidas por andamios... pero eso nos desviaría del tema fundamental: las obras. Paralela a la extrapolación de los andamios, en la exposición se da la incorporación de autores de la generación siguiente, excelentes claro pero herederos y desarrolladores de las libertades aportadas por los creadores setentinos. Esto no es algo criticable, sólo conviene aclararlo porque en una muestra tan amplia, el público generalmente no retiene fechas y nombres.

El contenido supera los 250 objetos que dan un panorama del Brasil descrito al inicio del presente artículo –régimen político dictatorial y marcada urbanización de la generación del momento. Corresponde decir que el valor de la exposición es tanto la visión de conjunto como las obras y los creadores individuales. Refiere una fuerza social que si se presentara de manera aislada no daría idea de la consistencia de las realizaciones. La entrada está planteada como lo que es, la interacción: entre otras opciones, se encontraba “La Mudanza”, una instalación carro-mudadora cargada de muebles debida a Marepe, realizada en madera pintada, formica e hierro, de 220 x 120 x 300cm; una instalación con video y referencia a las sombrillas y kioscos –“Compro y vendo imágenes” (2001-05), de Rodrigo Araujo; y la plataforma de acceso para minusválidos con algunas extensiones –también hacia el techo- del gran autoadhesivo

en técnicas mixtas que cubría la pared hacia el sector de música. En aquella búsqueda de identidades Brasileñas se inspiraron algunos artistas de los 60's/70's, retomando las búsquedas estéticas fuera de las influencias Europeas y de Estados Unidos. Entre los que avanzaron propuestas sumamente personales en la segunda mitad del siglo están Lygia Clark, Lygia Pape, Hélio Oiticica, Nelson Leirner y Antonio Dias, quienes constituyen el bloque central de la exposición en el Bronx. Los sentidos fueron uno de los aspectos más atendidos por éstos artistas, de ahí obras como las aditamentos -máscaras, googles y guantes- de Lygia Clark, de 1964-68) que permiten la interacción del público con las piezas. Otra instalación que invita a la participación es “La Rueda de las Delicias”, 1968, por Lygia Pape, constituida por botes y platitos para degustar de diversos líquidos de colores cuyos sabores no corresponden los habituales. (Por cierto, estas obras de ambas Lygia's son difíciles de dar mantenimiento para evitar contagios en una exposición.)

Sumado a Pape, Clark y estos artistas que conformaron la exposición “La Nueva Objetividad”, en el Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro en 1967 -quienes se remontaron a las búsquedas de aquella célebre “Semana del ‘22” revisando las reflexiones de Oswald de Andrade y los citados-, la exposición comprende obras concretas y neoconcretas de artistas y poetas como Clark, Pape, Waldemar Cordeiro -Aleatório, 1963, con espejos, prismas, barras de hierro y estructura de aluminio, en una dimensión de medio metro de altura-; Augusto de Campos y Julio Plaza -con Poemas objetos-; y Ferreira Gular. De Oiticica, se disfrutaban dos

instalaciones multisensoriales –una siendo “La Pureza es un Mito (Tropicalia)”, 1966; dibujos preparatorios, “parangolés” y muchas otras obras fundamentales.

En arquitectura, una amplia presentación de las maquetas y dibujos de Lina Bo Bardi. Otra de las presentaciones con afán de difusión hacia el público más amplio, es la incorporación de los trabajos de Hélio Eichbauer. No sólo por la calidad de los dibujos sino porque son para la una de las obras de Andrade que fuera motivadora para artistas de todas las disciplinas. Dibujos, bocetos para escenografía en lápiz, gouache, crayon sobre papel, conformando bellas escenas muy poco conocidas. También integra la expo, la moda, a través de creaciones que refieren –indudablemente- la época. Los posters no podían faltar, conforman el panorama de relación entre el diseño gráfico y los films; también por artistas individualizados y otros desconocidos, se podía observar impresiones en offset de periódicos, revistas y demás publicaciones de la época, las portadas de discos y tapas de libros. En algunas destaca la participación de Rubens Gerchman. Linda Glover y Antonio Dias, dos artistas visuales notables con dotes gráficas igualmente celebrables.

De la generación reciente, destacan otras participaciones además del supra mencionado Marepe.

Paula Gaïtan con un video sobre escenas de OVOO, el film de Lygia Pape de 1967; Ernesto Neto, con una instalación suspendida en lo que fuera el lobby de la antigua entrada del Museo; y Rivane Neuenschwander (nacida en 1967, cuando estaba aconteciendo la revolución que da motivo a la exposición), presentaba un video animado con Joe Carioca (el personaje “Joe” en su equivalente en Río de Janeiro). En él, todo el sabor local, brasileño, en expresiones, en colorido, en ritmos. Otra de sus obras, una instalación interactiva con pizarras pintadas en el muro, gis y ciertos globitos de comics con Zé carioca y sus amigos (campeones de Fútbol) integrados por la artista, ahí, donde el público escribe, tacha, interviene.

Brasil ha sido un país con enorme confianza en sí mismo, del Brasileño uno aprende la humildad de hacer cualquier trabajo como integrante del tejido de la sociedad. Es en los noventa's que algunas poquísimas galerías internacionales ponen la mirada en artistas visuales de ese país mientras que los músicos ha habían logrado los mayores éxitos de público y expresión artística. Al expandir el umbral de la percepción en el interior de las facetas culturales Brasileñas, los autores comienzan a enriquecer los umbrales de la percepción mundial.■

Un cuento de Julio César Amador

El Ojo en la Navaja



Escena del crimen

Sintió la camisa como un enorme chicle adherido a su torso. Se la quitó, cuidándose de no tirar la insignia de comisario. Caminó veinte metros antes de salir de la vereda. Llegó a tiempo para tomar el tren. Subió tropezando. Cada tres pasos un ligero temblor en el pie izquierdo lo hacía cojear, señal inconfundible de su nerviosismo, pero las causas de ese detalle físico sólo él las conocía, para la gente no era más que un defecto congénito. Fue a la cafetería, se sentó a una de las mesas en el rincón de no fumadores y pidió un americano sin azúcar. El tren se desplazaba con lentitud. Dos tragos de café devolvieron a su semblante una imposible tranquilidad. El pueblo se iba transformando en un cúmulo de luces prematuramente nocturnas apabullado por la densidad del follaje, todavía algunas casas del barrio de los campesinos aparecían intermitentemente entre los abetos frondosos. En algún momento del viaje desapareció el paisaje y sólo quedó una barranca rojiza que se deshacía en líneas transversales.

Cerca de la puerta del vagón iban una anciana y una mujer joven cuyos rostros, excepto por la edad, eran una repetición de rasgos. Debían ser madre e hija. Al observar el parecido, el comisario pensó en algo relacionado con la transmisión genética, pero ni él mismo podía mantener la continuidad de un pensamiento. Siguió observando a las mujeres (mientras pensaba que pensar en ellas era como querer ensartar en un hueco de su cabeza una pieza de rompecabezas que no correspondía, y entonces el pensamiento se convirtió en un intento por acomodar la pieza, que ninguna relación tenía ya con el parecido de las mujeres), hasta que la anciana dijo algo a la mujer joven y ésta volteó con desconfianza hacia el comisario, luego ambas miraron alrededor las mesas vacías.

El ferrocarril entró en el desierto, por las ventanillas se veía la claridad fluorescente de la arena, separada del cielo aún sin estrellas por una línea horizontal trazada matemáticamente.

pensarse, azarosos, giros perceptibles, parecía una improvisación sin serlo y siéndolo, quitándose de encima las cámaras elegantes o rígidas, las secuencias cronometradas y esos preciosismos inútiles del cine norteamericano. De cierto cine norteamericano. Godard, basándose en Truffaut, debuta y, como muchos grandes cineastas, lo hace tan bien que ya no podía traicionarse a sí mismo. La otra presencia es Los pájaros, de Alfred Hitchcock. No debería decir más, incluso en este momento de la columna me he dado cuenta que son demasiado grandes ambos para que quepan aquí, pero bueno. Todavía sufría dolores de cabeza por Psycho (Psicosis) Sir Alfred, cuando ya trabajaba en Los pájaros. Hitchcock adapta una historia de histeria, sin aparente explicación alguna, metáfora de cómo el hombre puede estar tan a merced de la naturaleza y no necesariamente hablamos de terremotos o tsunamis.

Un buen segmento de su audiencia fanática se sintió desprotegida y abandonada, tal como los personajes de la historia, al recibir una película que mucho distaba del gran suspense de Psicosis, acaso su gran obra maestra, pero que, como buenos y republicanos consumidores, debieron esperar a que bajara la resaca psicótica. Los pájaros significó el final de sus grandes películas. Después de Los pájaros sólo hubo fugacidades, inteligentismos, piezas con carácter, pero ya no como Psicosis, Vértigo, La ventana indiscreta o incluso una de sus primeras delicias, Juno y el pavoreal. La plasticidad en Los pájaros es abismal. Integración de efectos especiales con estridencia sonora, Hitchcock sigue, de alguna manera, esa tradición occidental de las historias en las que la humanidad es cuestionada por el mundo en el que se encuentra. Lo más interesante es que Hitchcock concluye sin explicaciones, poniéndole un post al modernismo. Si parece ser uno más de los que hicieron historias de humanidad amenazada, es cierto. Sólo que Hitchcock sí es elegante.■

Pobre inocente, se estaba entregando solo. El comisario no había esperado localizar al sospechoso de un modo tan simple. Le hizo saber con un gesto de orgullo su identidad, sacando su revólver le apuntó al tiempo que le expresaba el odio que sentía por delincuentes como él.



El comisario recordó un día un paseo en automóvil por la avenida Moravia de la capital, con sus veintisiete tiendas contiguas de piratería electrónica, legalizada por la necesidad de entretenimiento ante la inminencia de la guerra electoral de julio, donde los televisores reproducían, en todos sus tamaños y resoluciones, la señal de un solo canal televisivo, el del Congreso del Estado. Tantos monitores dispuestos en orden serial, se le figuraron ventanillas de ferrocarril, repitiendo la perseverante fuga de imágenes y ruidos.

Al llegar a San Ignacio las ventanillas recobraron su identidad televisiva al ir mostrando, como en un cómic, una sucesión de escenas muy provechosas para la distracción. Las mujeres se retiraron de la cafetería, antes de salir, la más joven se despidió del comisario con un saludo de mano, como disculpándose por atribuirle un acoso inexistente, pero que había parecido, de todas maneras, un acoso. El comisario se quedó solo en el vagón. Pidió otro café, el mesero le informó que el servicio había terminado, mas al darse cuenta de quién era el cliente, rectificó su

horario de salida. Durante la espera vio a través de la ventana, en la penumbra engañosa de las ocho de la noche del meridiano 70, la figura de un hombre haciendo ademanes furibundos en el patio de una pequeña hacienda, parecía discutir con alguien que no se alcanzaba a ver. La ubicación de la pelea era lo suficientemente lejana como para ser vista por un largo espacio de tiempo en la ventanilla, mientras el vagón realizaba su recorrido lento por la pendiente hacia Santa María. En algún momento, el hombre del patio hizo algo determinante: su mano se estiró hacia el contrincante oculto detrás de una barda. El comisario pensó que el brazo bien podría estar estrangulando a alguien, era posible, en todo caso debía ser un brazo ocupado por un coraje y una pujanza proporcional al rostro desfigurado por un esfuerzo colérico, después el sujeto relajó su rostro, había terminado. Una sacudida como de rana moribunda inmovilizó al comisario en el asiento. Todavía alcanzó a ver cómo el sujeto volteaba hacia el tren, mirándolo a él o a otro en alguna de las demás ventanillas, con un gesto

autosuficiente, sintiéndose protegido por el avance del tren, desde donde cualquier testigo resultaba inofensivo.

El comisario sabía bien sus deberes, era el encargado de hacer respetar el orden en la región y debía investigar. Se puso la camisa y pagó la cuenta guiñando un ojo al mesero. En la estación de Santa María, la penúltima antes de Palomillas, después de diez minutos de intrigada espera, tomó el tren de recorrido inverso, haciendo valer su autoridad para solicitar una parada especial fuera de los itinerarios de viaje. La escena del posible crimen estaba cerca de la estación. Llegó a ella, convencido de su olfato policial buscó el cadáver. No estaba. Buscó huellas, posibles indicios. De súbito, un hombre se paró frente a él, amenazándolo con una navaja. Pobre inocente, se estaba entregando solo. El comisario no había esperado localizar al sospechoso de un modo tan simple. Le hizo saber con un gesto de orgullo su identidad, sacando su revólver le apuntó al tiempo que le expresaba el odio que sentía por delincuentes como él. Lo insultó, en verdad estaba cansado de que en el sur del Estado no

hubiera paz. El hombre soltó el cuchillo y tirándose de rodillas suplicó por su vida, confesaría su crimen, no quería morir. El comisario en verdad estaba harto de crímenes impunes, de seguro este hombre sería liberado apenas se le presentara ante el Ministerio Público. Un ataque de rabia lo obligó a acercar el cañón del arma a la cabeza del hombre que, ya más sereno, continuaba implorando por su vida. El comisario no quiso pensar demasiado las cosas: jaló el gatillo.

Una vez que hubo disparado volteó hacia todos lados, nadie lo había visto, el penúltimo tren de la noche repetía el destino del anterior. Se marchó caminando serenamente para evitar toda sospecha. Sintió la camisa como un enorme chicle adherido a su torso. Se la quitó, cuidándose de no tirar la insignia de comisario. Caminó veinte metros antes de salir de la vereda. Llegó a tiempo para tomar el tren. Subió tropezando. Cada tres pasos un ligero temblor en el pie izquierdo lo hacía cojear, señal inconfundible de su nerviosismo, pero las causas de ese detalle físico sólo él las conocía.■

Un cuento de Rafael Orozco



13

Acento

Mi experiencia, haciendo credenciales del IFE, me permitió calcular la edad de aquella cabeza en unos treinta y cinco años. Tenía el pelo medio chino, usaba bigote muy bien recortado; sus cejas eran gruesas y tuve que abrirle los ojos con un lapicero para darme cuenta que eran cafés; no tenía cicatrices y sus orejas portaban aretes. Cubrí nuevamente la ensangrentada cabeza y me fui a dormir.

Las cinco cabezas

La verdad es que no fueron cinco las cabezas que aventaron a la pista de baile de Uruapan. A mí me consta, fueron seis. Yo tengo una.

Aquella noche de septiembre habíamos decidido ir a festejar a la "Cloti" por su cumpleaños. La idea inicial era hacerle una bisteciza en la casa del "sebas", pero con eso de que no se manda sólo, terminamos en "Sol y Sombra". Cuando yo llegué ya estaban la mayoría de los cuates y las amigas de Clotilde y después llegaron Raúl, Fabián, Marcelo y tres vatos que no conozco.

Poquito antes de las doce de la noche, pude ver que el novio de la Cloti escribió algo en una servilleta y se la dio al mesero, quien llevó la nota al vocalista del grupo que amenizaba esa noche.

-¡Por aquí... por aquí! Nos piden que dediquemos la siguiente melodía a la

señorita "choti" o "cloti": "cloti" ha de ser, perdón pero no se entiende... que está cumpliendo años. ¡Muchas felicidades! ¡Claro que sí! Con mucho gusto y con un abrazo del grupo vamos a tratar de interpretar esta bonita melodía de Alejandro Fernández: ¡Que seas muy feliz!

La mesa se alborotó con el anuncio y la pareja salió a la pista a bailar. Por unos momentos bailaron solos y poco a poco salieron de mesas vecinas otras parejas y de la nuestra todas las chavas salieron a bailar solas. Quienes nos quedamos en la mesa pedimos otra ronda de chelas, unos tequilas, limones y cacahuates, y la plática giró en torno a lo bien que se veía Margarita con su pantalón ajustado y moviendo las caderas al ritmo de la música.

Clotilde y su novio seguían bailando, cuando el ruido de unos vasos que se estrellaban en el piso llamó la atención

■ 14

■ **RAFAEL OROZCO FLORES** (Morelia, Mich., 1959). Ha publicado el libro en coautoría con YARERI SÁNCHEZ: RADIO Y TELEVISIÓN ANTE LOS RETOS DEL NUEVO SIGLO. Ha colaborado en RADIO Y TELEVISIÓN Y PRENSA ESCRITA DE LA LOCALIDAD. ACTUALMENTE FORMA PARTE DEL TALLER DE NARRATIVA DE LA UNIVERSIDAD MICHOACANA.

■ **FOTOGRAFÍAS**
AP RODRIGO ABD PÁGS. 13-15
AP MARK BAKER PÁG. 16

de algunos de los concurrentes al "Sol y Sombra". Desde mi asiento, y muy a pesar de la penumbra, pude ver cómo un grupo de hombres, con "pasamontañas", avanzaba en el salón portando armas largas y unas bolsas negras.

Disparos al aire fueron suficientes para callar al grupo musical y llenos de terror, hombres y mujeres tratamos de protegernos.

¡Todos quietos! fue la orden fulminante de los invasores y ante la sorpresa de quienes ahí estábamos, de las bolsas sacaron cabezas humanas que rodaron por la pista. Mis compañeros habían corrido quién sabe a donde y yo me refugié bajo la mesa, hasta donde paró una cabeza cuya cara quedó justo frente a la mía. No puedo decir que fue por instinto, pero jalé mi saco que colgaba del respaldo de la silla que antes ocupaba y tapé la cabeza con él.

Todo fue muy rápido. Después de los disparos y tras un momento de crispación colectiva, las mujeres gritaban aterrorizadas y todos salieron del lugar.

Yo no sé si pasó algo por mi mente, pero agarré aquel bulto que tenía ante mí y salí del lugar corriendo, esquivando un par de cabezas más que quedaron en mi camino a la calle.

Serían como las dos y media cuando llegué a la casa. Había caminado hasta ahí, dejando el auto en el "Sol y Sombra", y solamente un par de cuadras antes de llegar, caí en la cuenta de que llevaba aquella cabeza apretada contra mi pecho. La borrachera, si es que la hubo, había desaparecido y tuve que decidir qué hacer con aquella carga. No es fácil deshacerse de una cabeza ajena, aunque lo parezca. Pasaban por la mente mil consideraciones que tenían que ver más con el temor de ser visto, que con cuestiones éticas o morales. Estando ya en mi barrio, sentía desconfianza de que algún vecino me viera dejando una parte corporal que no me pertenecía.

Tras echar todas las vueltas posibles a la llave, cerré por dentro la puerta de la calle y ya en la sala de mi casa hice un balance de mi situación. La sangre había saturado el saco y había manchado la camisa y parte del pantalón. Sentí un poco de náusea por el olor y me quité la ropa hasta quedar en calzones. Había puesto el bulto sobre el piso y después de unos segundos de pensarlo, poco a poco fui deshaciendo el envoltorio. Nuevamente quedé cara a cara con aquel individuo, o más bien, con lo que tenía de él. Definitivamente no lo conocía y estoy seguro que nunca lo había visto en mi vida.

Mi experiencia, haciendo credenciales del IFE, me permitió calcular la edad de aquella cabeza en unos treinta y cinco años. Tenía el pelo medio chino, usaba bigote muy bien recortado; sus cejas eran gruesas y tuve que abrirle los ojos con un lapicero para darme cuenta que eran cafés; no tenía cicatrices y sus orejas



portaban aretes. Cubrí nuevamente la ensangrentada cabeza y me fui a dormir.

Al llegar a la recámara agradecí a Dios la ausencia de Rosa María, que pasaba unos días con su mamá en Morelia. Decidí darme un baño. Mientras el agua caliente resbalaba por mi cuerpo, hice un repaso de lo que había vivido en las últimas horas. Entendía la gravedad del asunto, pero no sentía temor alguno, remordimiento o cosa parecida. Cuando pasaba el jabón por la espalda, sonreí considerando que, aunque sin proponérmelo, era partícipe de un acontecimiento que, no me cabía duda, sería noticia en todo el estado.

Muy temprano me presenté en el "Sol y Sombra" a recuperar mi auto. Un par de policías municipales cuidaban la entrada y cuando dije a qué iba, me acompañaron hasta donde estaba el vehículo; uno de ellos me pidió la llave; sin mediar palabra se la di, abrió la puerta del piloto; se asomó al interior y devolviéndome las llaves sólo dijo un "está bien".

Me alejé del lugar sorprendido de la facilidad con la que recuperé la unidad y me enfilé para la oficina. A través de los periódicos, en el camino supe más cosas de lo que yo mismo había presenciado la noche anterior. Todo se reducía a una advertencia de los "narcos" y de los miembros de la "familia": un ajuste de cuentas entre miembros del crimen organizado.

Me había olvidado del cumpleaños de

Clotilde, de la fiesta, del crimen organizado y de las cabezas que rodaron aquella noche. Si me acordé, por el contrario de la que tenía en mi casa y varias preguntas acudieron a mi mente, pero la que me desenajó fue ¿qué haría con ella? Cuando uno tiene un perro o un gato que le estorba resulta muy fácil, pues generalmente hay algún vecino que se apiada del animal, pero ¿una cabeza?, ¿quién puede querer una cabeza humana? Lo único que se me ocurrió fue dársela a Jacinto, el vecino que estudia medicina, pero seguramente él no la querría sangrante, con pelos y todo.

La llamada de Pedro me distrajo por un momento. Ni siquiera me saludó: fue directamente al grano. ¿Cómo viste lo de anoche, wuey?, fue lo que me preguntó. Yo le respondí lo que creí que él quería escuchar, así que le dije que "de pocamadres". Por el teléfono lo escuché decir: Imagínate, caón: la cloti bailando entre cinco cabezas, ¡no mames!

La conversación con Pedro siguió por unos minutos. Cuando se despedía, le pregunté verdaderamente intrigado, que por qué había dicho que eran cinco cabezas. Me respondió que no se había detenido a contarlas pero que lo había escuchado en la televisión.

Por darle vueltas al asunto, no pude concentrarme el resto de mi jornada. Me di cuenta del lío en el que me encontraba; pensé en Rosa María y llegué a la conclu-

sión de que tenía que llevar la cabeza a la policía, no había otro camino y era lo mejor.

Sin ningún propósito en específico estuve caminando por la plaza y de camino a la casa compré bolsas de plástico, una caja de cartón y mecate. Desde luego la cabeza seguía en el piso, justo donde la había dejado. Toda la sangre ya estaba seca y solo un charquito de un líquido amarillento estaba en el suelo.

Agarré al sujeto, o mejor dicho, lo que tenía de él, por el pelo y lo metí a una bolsa. Me acordé de los aretes, así que lo saqué de la bolsa, tomé las piezas y terminé empacándolo en la cajita.

De camino al Ministerio Público traté de diseñar una estrategia de cómo plantear el asunto. Pensé que decir la verdad me ahorraría problemas.

-¿A quién busca? -me preguntó un policía en la entrada del lugar.

-Al agente del Ministerio Público -le respondí tan secamente como él.

-Está muy ocupado, en una junta -dijo el policía mientras con un movimiento de la cabeza señalaba un cubículo con la puerta cerrada-: se va a tardar. Si se quiere esperar... allá usted -dijo esto último en un tono con el que intentaba disuadirme de hacerlo.

Le dije que esperaría un rato, que era importante hablar con él. Del despacho que el guardia señaló salían las voces de varias personas que platicaban amena-



mente. De vez en cuando las carcajadas inundaban el recinto. Mientras yo esperaba, el lugar se fue quedando vacío y cuando el reloj de la iglesia cercana anunciaba las nueve de la noche, la que parecía ser la secretaria se despidió con un "buenas noches!" para mí y un "hasta mañana, mitotes" para el oficial de antes.

Sonó el teléfono y el oficial mitotes contestó. No más estoy yo, el cabo "mechas" y un señor que quiere hablar con usted, lo escuché decir. Un minuto después salía de la oficina un hombre de estatura media, pelo ensortijado, barba de un par de días y bigote más bien ralo. Su traje café denotaba haber estado en mejores condiciones hacía tiempo, lo mismo que la corbata que estaba a medio anudar y con una evidente mancha de salsa de tomate o picante.

Preguntó que en qué podía servirme, tratando de ser amable, aún y cuando su actitud y la expresión de su rostro denotaban la contrariedad que sentía aquel hombre. Quiso saber si yo estaba enterado sobre lo de las cinco cabezas del narco y sin esperar respuesta argumentó que había sido un día difícil, que se habían encontrado los cuerpos y que por lo tanto el papeleo era "infernado"; agregó en tono suplicante que si podía regresar al día siguiente, me lo agradecería bastante.

Con temor a una reacción violenta, le dije que mi presencia allí se relacionaba justamente con eso y le explique la urgen-

cia de hablar sobre ese asunto.

A pregunta expresa del agente, respondí que no, no era periodista e insistió en verme al día siguiente. Sin esperar nada más, se despidió de mano con un "búscame a las cuatro" y entró nuevamente a la oficina en donde celebraron su regreso.

El día siguiente era viernes. De la oficina me fui directo al MP. Llegué poco antes de las cuatro y ocupé la misma silla que el día anterior. Mitotes y el mechas platicaban con la secretaria y con otras personas que no había visto antes. Todas las oficinas estaban abiertas y las voces de todos se mezclaban en una masa sonora difusa e incomprensible. Después de un rato de estar sentado, la secretaria me preguntó si era yo la persona que buscaba al licenciado Godínez para las cuatro. Yo respondí que sí, que me había citado para esta hora, aunque desconocía el nombre y apellido de la persona con la que había hablado un día antes. Seguramente sí, dijo. El licenciado fue a comer -agregó-, ya no tarda.

Poco antes de las cinco la secretaria me pidió que contestara el teléfono. Era el licenciado Godínez que me explicó que mientras se dirigía a la oficina, le llamaron para que fuera al levantamiento de un muerto en accidente de tránsito.

-Y lo mío -le pregunté un tanto molesto.

-¿Qué es lo suyo? -respondió del otro lado de la línea.

-Lo de las cabezas -empecé a comentar-...

-¡Ah, sí! Las cabezas -me interrumpió-, ¿qué hay con las cabezas?

-No puedo tratar este asunto por teléfono -le dije bajando la voz-. Es necesario que nos veamos.

-Tiene razón -aceptó-. Lo espero mañana en la mañana.

-Mañana es sábado -argumenté-.

-No importa -dijo el agente-: en el Ministerio Público trabajamos todos los días y a todas horas.

Me colgó sin decir más. Un poco molesto agarré mi cajita y salí del lugar, con el propósito de regresar al día siguiente y terminar con el asunto. Al subir a mi carro me percaté de un olor fétido que manaba del paquete.

En alguna ocasión había visto que a los perros muertos los cubrían de cal, para controlar el olor y las moscas, así que antes de irme a la cita saqué la cabeza del refrigerador y le puse bastante cal que compré en la ferretería.

Con la cabeza encalada llegué a la agencia. En esta ocasión fue el mechas el que me recibió. "El licenciado lo está esperando", me dijo y agregó:

-¿Usted es el de las cabezas, verdad? Me dijo el licenciado que en cuento lo viera, lo pasara a su oficina. Pásele, pásele... -dijo solícito, señalando el camino.

La oficina no era muy grande, o mejor dicho, era grande pero los archiveros,

vitrinas y demás mobiliario, no dejaban mucho espacio libre. El sujeto leía el periódico. Lo dejó abierto sobre el escritorio cuando sintió mi presencia. Me señaló una silla, en la que me senté con mi paquete sobre las rodillas. Esperaba una disculpa que nunca llegó y de inmediato abordó el asunto.

-¿Qué quiere saber de las cabezas -preguntó mientras juntaba las manos por las yemas de los dedos y las ponía debajo de la barbilla-.

-Yo no quiero saber nada -contesté-. Vengo a traerles una cabeza -dijo-.

-Pero usted me dijo que era sobre las cabezas del "Sol y Sombra". De esas hablaba yo aquella noche en que estuvo aquí por primera vez.

-Sí -repuse-, es sobre esas cabezas por la que estoy aquí. Vengo a traerle ésta cabeza -casi bramé mientras ponía la caja sobre el escritorio del sujeto aquel.

El licenciado Godínez puso cara de incredulidad y batiendo las manos frente a sí, exclamó:

-No entiendo... no entiendo. A ver: a nosotros nos llamaron el miércoles para que fuéramos a recoger cinco cabezas al bar "Sol y sombra". Nosotros fuimos, las recogimos, dimos cuenta ministerial del levantamiento de cinco cabezas y todo el procedimiento sigue su marcha. No es posible que ahora usted venga y nos diga que nos trae otra cabeza. ¿Qué pasó?

Matizando un poco la verdad, expliqué tan claro como pude lo que había sucedido aquella noche y mi peregrinar hasta ese momento, pidiéndole, para terminar, que me dijera qué hacer con aquello.

-Yo qué quiere que le diga -me reclamó-. Entiérrela, tírela, rífelas, véndala, regálela: lo que usted quiera. No es asunto nuestro -dijo mientras se levantaba y me señalaba el camino de retirada-.

No podía irme en esas condiciones y menos con el paquete que ya empezaba a incomodarme. Reconocí mi responsabilidad, pero aseguré que la de él era resolver el problema de la mejor manera. Regresó a su asiento y se echó para atrás sobre el respaldo. Entrelazó los dedos de las manos y las colocó en la nuca. Tras unos segundos de silencio fijó su mirada en la caja que esperaba sobre su escritorio. Me preguntó si la cabeza estaba dentro, a lo que asentí con un movimiento afirmativo. Le pregunté si quería verla y él me dijo que "no por el momento".

Tras un breve silencio, el agente se echó para adelante, sobre el escritorio, haciendo la caja a un lado y haciéndome una señal con la mano para que me acercara. Con voz pausada empezó a decirme que las cosas estaban de la chingada, que el narco esto, que el narco lo otro, que el narco lo de más allá... que él no quería perjudicarme y lo mejor era que me fuera por donde había venido.

-¿Y esto? -pregunté mientras recorría nuevamente la caja frente a los dos.



En tono casi suplicante me pidió que me la llevara. Dijo estar muy presionado para terminar con ese caso y la aparición de una nueva cabeza complicaría el asunto.

-Llevemos las cosas tranquilas –dijo–: guárdela y el lunes le prometo que le ayudo. La otra alternativa es que lo “entambe” y le levante un acta por el asesinato de seis personas: usted escoja.

Como es natural, escogí la primera opción y salí tragando mi coraje con el paquete en la mano.

A pesar de la cal y de la refrigeración, el lunes la caja despedía un olor más fuerte, penetrante y desagradable. Le puse más cal y reforcé le paquete con otras bolsas de plástico “selladas” con cinta canela. Con ella fui por la tarde al

Ministerio Público.

Cinco minutos tuve que esperar al licenciado Godínez para que me atendiera y en uno me despachó argumentando ante el mechas y mitotes, que no había estudiado bien mi caso y que me pedía que regresara a la mañana siguiente. Recordé la amenaza del sábado y salí sin chistar.

En los tres días siguientes mis relaciones con el mechas y el mitotes habían progresado mucho, pero no pude ver al licenciado Godínez. El viernes llegué antes que él. Estaba en un pasillo cuando pasó junto de mí y me saludó con un “¡Buenos días!”. Caminé tras él guardadmo una prudente distancia. Al llegar a su oficina saludó a Lupita, la secretaria, y a mitotes y me pidió que entrara con él.

Mientras se quitaba el saco me pidió

que me sentara y sin preámbulos me dijo que esperaba que esa fuera la última vez que nos veíamos. Que no era nada fácil para él deshacer el papeleo de toda una semana, nada más porque a mí se me había ocurrido llevarme una cabeza a mi casa. Que no sabía yo lo que tuvo que hacer para justificar la presencia de seis cuerpos y sólo cinco cabezas y que si aceptaba esa que yo llevaba, tendría ahora que encontrar otro cuerpo, cosa imposible en ese momento, o por lo menos algo en lo que él no quería pensar por ahora. Dijo, para finalizar, que el problema era mío y que no me recomendaba tirar la cabeza en ningún lado porque las cosas se complicarían cuando alguien la encontrara. Me aconsejó que lo mejor que podía hacer era hervirla con mucha

cal para descarnarla y después triturar los huesos.

Me tendió la mano y me deseó suerte. Yo salí con mi bulto más perplejo que la vez anterior.

Hice lo que el licenciado Godínez me sugirió, pero no molí la cabeza. Con la cal, quedó tan blanquita y limpia que la tengo de pisapapeles en el escritorio de mi oficina en el IFE. Mi esposa no dejó de sorprenderse cuando me vio aplicarle el barniz, pero no dijo nada. Cuando alguien me pregunta sobre ella, digo la verdad: que es una de las cabezas que aventaron en el “Sol y Sombra” y se ríen. Han de creer que es una broma.

Hoy, de regreso a casa, me encontré a la Cloti. Se ve bonita con los aretes que le regalé por su cumpleaños.■